



Metáforas al aire,
núm. 4, enero-junio, 2020.
pp. 182-185
ISSN: 2594-2700

Ritual

Marcelo Jesús Salazar Martínez*

*No hay escapatoria posible
al huir de nosotros mismos;
el caos de adentro se proyecta
siempre hacia afuera.
Amparo Dávila*

1

Lo encontré una tarde sentado en el marco de la ventana, frente al espejo. Al verme, como era de esperarse, huyó. Saltó hacia afuera y se escondió en las ramas de un árbol. El gato no volvió durante varias semanas.

Después de encontrarlo sobre mi ventana, me detuve algunos minutos pensando cómo habría llegado hasta ahí y qué lo habría impulsado a quedarse en ella. Horas más tarde olvidé el incidente y volví a mi rutina. Trataba de llevar una vida cómoda y regular. Seguía estudiando y tenía un buen empleo. Frecuentar uno que otro bar se había convertido en un ritual para olvidar las presiones del trabajo.

¡Nada! durante largo tiempo no volví a recordarlo ni a saber nada de él.

Como ya lo dije, la presencia del gato ni siquiera su recuerdo, me molestaron por semanas. Sin embargo, sentía su ausencia, veía un espacio interminable en ese espejo. Él saltó, y con él algo de mí también lo hizo. Por fortuna, quiero creerlo así, el gato regresó. Esa tarde recordaba la muerte del abuelo y los años de mi infancia. Recordaba la sensación que me producía mirar mi reflejo por tanto tiempo en un espejo o un charco de agua. Era como si el tiempo se llevara la certeza de mi persona y me hiciera dudar de mi existencia.

* Licenciado en Lingüística y
Literatura Hispánica en la Facultad
de Filosofía y Letras, Benémérita
Universidad Autónoma de Puebla.

¿Quién era la persona que aparecía en el espejo? Los rasgos de mi rostro parecían disolverse u olvidarse. Siempre que me miraba por tanto tiempo dudaba de que él fuera yo. Fue en medio de esos pensamientos cuando volví a verlo. Apareció en la ventana. Permaneció en ella por un largo rato hasta que saltó, ya no afuera, sino adentro del cuarto, y se posó otra vez frente al espejo. Al contemplarlo noté que me estaba mirando, era la primera vez que me miraba. La cola, ese movimiento de la cola me cautivaba, parecía incendiar el aire sofocar de imágenes el cuarto. Pasaron varios minutos y él me veía, no se movía, sólo me veía. Sus ojos claros parecían dos estanques perturbados por pájaros llenos de movimiento y reflejos. Ronroneaba, nunca lo había escuchado ronronear, y mientras lo hacía, empezó a caminar hacia mí. Sus pasos eran suaves, pero firmes. Se detuvo en mi mano, quise acariciarlo, pero tuve miedo. Tocarlo era como tocar lo desconocido.

Ése fue el primer encuentro directo con el gato. A partir de ahí me visitaba con regularidad. Saltaba de la ventana y se acercaba a mis manos. Había tardes en que lograba tocarlo, rozaba su cuello y su pelo, y contemplaba como siempre sus ojos.

2

Con el paso del tiempo, sus visitas se hicieron más frecuentes. Creía dominar y hasta prever las visitas del gato. Pasaron los meses, y entonces descubrí mi error. Empecé a frecuentar lugares que nunca había visitado, y en esos lugares siempre estaba él. Al principio lo tomé como casualidad, pero después llegué a pensar que él me seguía, que no me dejaba en paz y que nunca lo haría. Así continué escapando de él, hasta que lo entendí: él no me seguía... yo quería estar con él. Yo iba a toda clase de sitios sin razón, sin quererlo ni necesitarlo, pero siempre, de un modo u otro, yo me paraba en esos extraños lugares. Trataba de escapar, de pensar diferente a él, de hacer planes, citas, pero siempre coincidía conmigo, o quizá, yo con él. Llegué a tener un pensamiento horrible; llegué a pensar que yo lo necesitaba, que necesitaba verlo, acariciarlo, y sentirlo junto a mí aunque me llenara de miedo.

Con el paso del tiempo llegué a acostumbrarme a verlo parado en una barda, en una ventana o saliendo de un

**Ése fue el primer
encuentro directo
con el gato. A partir
de ahí me visitaba
con regularidad.**

callejón, siempre ufano, largo, eterno y negro. Esa figura ensombrecía las calles, las casas. Todo a su lado parecía más viejo.

Finalmente dejé de encontrarlo. Al principio fue un gran sentimiento de alivio y de una confusa libertad. Sin embargo, lo extrañaba. Deseaba ver esos ojos, y seguir los movimientos de su cuerpo negro. Pasé días mirando por la ventana, revisando el espejo, los rincones de mi casa, pero nada.

Una noche, mientras intentaba dormir, lo escuché. Sonaba como un sinnúmero de maullidos. Era él, pero... ¿por qué tantos? Estaba seguro que era sólo uno, sí, sólo un gato me había atormentado, pero se escuchaba como si fueran más. Tuve miedo de mirar y encontrarme con él, miedo y deseos de hacerlo. No sé cuánto tiempo pasó sin que me decidiera a voltear la cabeza y contemplarlo. Sentí mucho calor, la frente me sudaba y la cabeza se hundía en un dolor seco y muy molesto. Por fin lo decidí, giré la cabeza y lo vi... sí... los vi... ya no era uno, no, ahora eran muchos, eran muchos más.... Sus movimientos eran deformes, iban hacia todos lados sin control. Sus colas se entrelazaban en lo que parecían actos carnales, sus gemidos de odio, de tormento, me introdujeron en su celo. El estruendo de los gemidos se multiplicó, se hacía más fuerte, penetraba en mis oídos, en mi cabeza. Las imágenes que provocaba eran terribles, no me dejaban descansar. Los vi, vi a los gatos comer sobre mi carne, comerse mi carne. El dolor era insoportable, se multiplicó igual que los gatos. Sus ojos se dirigían a todas partes, sus ojos me veían, me castigaban y obligaban a bajar la cabeza, a meterla entre las sombras. No lo soportaba, quería que se fueran, quería correrlos, pero no podía levantarme, no podía... no quería enfrentarlos.

Después de un rato, la noche se calmó. Los gatos ya no estaban en mi habitación, y sus sombras dejaron de reflejarse en las paredes de mi cuarto, por fin se habían ido. El aire tomó un tono de tranquilidad y serenidad. Pasé algunas horas en mi cama pensando en aquella terrible visión. ¿Había sido un sueño o una alucinación? No lo sé. El olor de los animales aún persistía en el ambiente y en mi piel.

Las horas eran interminables. No sé cuánto tiempo pasó desde la terrible visión hasta el momento en que me pude poner de pie. Cuando lo hice, una sensación se apoderó de mí. Extrañaba a los gatos, sus gemidos, su olor,

su presencia. Empecé a desesperarme, deseaba verlos en sus actos lascivos. El deseo de encontrarlos me hizo voltear hacia el espejo. Ahí lo encontré, ufano, miserable, moviendo la cola en esos círculos que tanto me habían atormentado, pero la cola no tocaba el piso, pues alguien lo cargaba, alguien lo estaba sujetando... era yo el que lo cargaba. El gato ahora era parte de mí. Lo solté, lo dejé caer y hui de la habitación. Corrí, no sé cuántas calles corrí, pero traté desesperadamente de escapar de él. Corrí con todas mis fuerzas hasta llegar a un callejón pequeño y oscuro. Me tiré al suelo sin saber qué hacer me quedé dormido. Pasaron las horas y en mi mente se repitieron las imágenes de la visión en la que me atormentaron todos esos gatos. El miedo se repetía, era el mismo, aunque a veces se presentaba más fuerte.

Cuando desperté, el gato estaba junto a mí; lo acaricié... lo contemplé... me contemplé. Después de unos minutos, salté sobre la barda derecha del callejón. Con pequeños pasos me perdí entre las calles, los hombres y las sombras.